

Introducción

1. Las partículas elementales de la modernidad sólida

La comprensión, en suma, es un enfrentamiento inmediato, atento y resistente, con la realidad – cualquiera que sea o pudiera haber sido esta.

Hannah Arendt (2021/1967, 33)

La modernidad pesada o sólida, que apareció recubierta inicialmente por el seductor envoltorio de la idea automática de progreso y el horizonte embriagador de la emancipación de los seres humanos, es un periodo en el que se sucedieron numerosos ensayos de reorganización del vínculo social, en el que se alcanzaron notables cotas de libertad, igualdad y felicidad, en algunos momentos y lugares, pero que resultó estar también fatalmente atravesado por la alienación y la violencia¹. Estos dos procesos –las reorganizaciones del vínculo social y los esfuerzos por la búsqueda de la emancipación– contribuyeron a generar algunas instituciones, regulaciones, creencias, costumbres y prácticas sociales que han sido enormemente beneficiosas para los individuos, mientras que, al mismo tiempo,

¹ Algunas ideas, fragmentos o pasajes de este libro han aparecido previamente en las siguientes publicaciones: A. J. Ribes. 2023. *Luz, terror, esperanza: la idea de progreso, 1800-1968*. Madrid: Los Libros de la Catarata; A. J. Ribes. 2020. «Iconografías de la tensión libertad/soledad en la modernidad pesada, 1800-1968», *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção* 19, n° 56: 115-130; A. J. Ribes. 2025. «Nosotros y ellos: la trampa de la paradoja», *Pensamiento al margen* 21: 142-155.

algunas formulaciones de la reorganización del vínculo social y algunos proyectos de búsqueda de la emancipación generaron enormes cantidades de dolor y sufrimiento a lo largo de la modernidad pesada.

La modernidad pesada es el despliegue y el abandono de la idea de progreso, y es también, sobre todo, la tensión fundamental entre los esfuerzos, más o menos acertados, más o menos catastróficos, de reorganización del vínculo social, basados en alguna variante de la idea de emancipación, así como es la realidad de las violencias contemporáneas y los diversos tipos de alienación que se fueron sucediendo.

Podría decirse, por tanto, que dos tensiones fundamentales caracterizan a este periodo: la tensión idea-de-progreso/reorganizaciones-prácticas-materiales-del-vínculo-social y la tensión idea-de-emancipación/violencias-y-alienación. Ambas tensiones son algo así como los polos esenciales en los que tienen lugar las diversas variaciones, contextuales y particulares, que van adoptando diferentes formas a lo largo de todos esos años.

Gráfico 1. Tensiones constitutivas de la modernidad pesada



Fuente: elaboración propia.

Podríamos concluir también que ante el enorme poder que los individuos reclamaron para sí mismos, como constructores de mundos sociales sin obstáculos extraterrenales o divinos, los seres humanos y las sociedades en su conjunto se vieron, en ocasiones, arrastrados de manera impotente hacia escenarios problemáticos, y en pocos momentos parece que se supiera bien qué hacer o, mejor dicho, cuáles serían las consecuencias inmediatas, y mucho menos las consecuencias no previstas, de desarrollar un programa u otro de reorganización del vínculo social. Todo esto generó notables desmanes.

Como dice el refranero español: no hay mal que cien años dure. O, como escribieron Marx y Engels, en el *Manifiesto Comunista*, deslumbrados y preocupados, desde la urgencia y la ansiedad por reconducir la dirección de las sociedades modernas, «todo lo sólido se desvanece en el aire», «todo lo sagrado es profanado y los hombres, al fin, se ven forzados a contemplar con ojos desapasionados su posición frente a la vida, sus relaciones mutuas» (Marx y Engels 1998/1848, 20). Porque la modernidad pesada es, entonces, y de acuerdo con el refrán y la máxima de Marx y Engels, el tiempo del cambio social: para bien, en el sentido de que algunas constelaciones socio-históricas odiosas, y determinadas creencias que provocaban y conducían inexorablemente al sufrimiento y al dolor, desaparecieron con el surgimiento de las sociedades modernas, mientras que otras se erigieron para después desaparecer a lo largo de este mismo periodo; pero también para mal, puesto que algunas de las instituciones, de las creencias, de los espacios sociales y los derechos que fueron una vez conquistados, en algún lugar del mundo, se vinieron también abajo y desaparecieron sin remedio. Esto significa que la modernidad pesada, como se ha señalado una y otra vez, es también de una manera muy principal cambio social acelerado. «Nada sobrevive», escribía Proudhon (1853, 18-19), «no hay nada al margen ni dentro de esta danza eterna». O, en palabras de Bécquer (1979/1868, 58), si sustitui-

mos el Yo romántico por el nosotros de la modernidad pesada: «ansia perpetua de algo mejor, / ese soy yo». Esos fueron ellos, los habitantes de la modernidad pesada.

La modernidad es movimiento, como decían también Aron (1969, 45) y Sloterdijk (2006), y es también un desarrollo autodestructivo mediante el cual todo lo sólido se desvanece en el aire, como sugería Berman (1988), siguiendo a Marx y Engels. La modernidad es también el momento en el que sucede la aceleración de la historia, de lo tecnológico, lo político y lo social (Bouton 2022). Lo que defendemos aquí, para completar este argumento, es que la modernidad pesada es una acelerada danza socio-económica y política que destruye y trastorna, una búsqueda incesante de algo mejor, una suerte de cambio social acelerado provocado por las tensiones entre las reorganizaciones del vínculo social y las búsquedas de la emancipación y los esfuerzos, más o menos afortunados, más o menos funestos, de intentar acabar con las violencias y las distintas formas de alienación.

Si descomponemos nuestra definición de la modernidad pesada nos encontramos con cinco elementos fundamentales que constituyen lo que nosotros llamaremos aquí las «partículas elementales de la modernidad sólida»: el progreso, el vínculo social, la alienación, las violencias y la emancipación. Estas partículas elementales están compuestas de proyectos, ideas y sueños e imaginaciones (progreso, emancipación), de instituciones y dinámicas macrosociológicas, políticas y económicas (capitalismo, industrialización, liberalismo, comunismo, fascismo, tecnología, ciencia), de realidades materiales y físicas que son también prácticas sociales (vínculo social, dominación, violencias) y de la encarnación individual de los problemas (alienación, soledad) y los beneficios concretos (emancipación, libertad, solidaridad, igualdad, justicia) que genera la modernidad pesada o sólida.

Nos ocupamos de la idea de progreso en un ensayo anterior, *Luz, terror, esperanza: la idea de progreso, 1800-1968* (Madrid:

Los Libros de la Catarata, 2023), que se puede entender como la primera parte de este libro. Del resto de las partículas elementales nos vamos a ocupar en las páginas que siguen, aunque no renunciamos a hacer algunas menciones a la idea de progreso a lo largo de estas páginas.

Unas breves palabras sobre la periodización elegida. Parece evidente que las consecuencias de la Revolución francesa son tan notorias y densas que tienden a modificar el mundo, y la conjunción de la Revolución francesa con la Revolución Industrial parece impulsar una nueva forma de aceleración de la historia, tanto tecnológica como política y social y económica (como indica Bouton 2022). Si hablamos de modernidad desde el siglo xvi, hay un periodo en el que los cambios se aceleran y es precisamente en los albores del siglo xix; ese periodo se extiende hasta el último tercio del siglo xx, en el que los cambios socio-culturales y políticos, así como los económicos, transforman el mundo en una nueva modernidad, la segunda modernidad, a decir de Beck (1998/1986) o la modernidad líquida, según Bauman (2003/2000). La idea de progreso, enunciada de manera rotunda por Condorcet en 1794 —si bien inspirada en las propuestas asistemáticas de Turgot (1750, 1751) a mediados del siglo xviii—, se desata y se hace popular impregnando la obra de cuantos intelectuales se dedicaron a las ciencias sociales. Esta idea se viene abajo justo al final del periodo de la modernidad sólida, en los años 60 del pasado siglo xx. La preocupación por cómo iba a construirse una nueva sociedad, cómo iba articularse el vínculo social, qué se podía hacer con las violencias y la alienación y cuáles eran los elementos disponibles para alcanzar la emancipación pasan a primer plano entre las preocupaciones de los intelectuales. La cuestión fundamental es que en este periodo se intenta pensar en cómo organizar lo social, una vez que las creencias religiosas que fundamentaban las sociedades del pasado han dejado lugar a un mundo desencantado o secularizado. Las sociedades toman las riendas de su propio futuro y se

inician enormes programas de experimentación social, lo que da lugar a terrores inimaginables y a configuraciones beneficiosas para los individuos, en distintos lugares y tiempos. Pero este es también el tiempo de la conquista y la expansión, el tiempo de las guerras. Todo esto finaliza metafóricamente con la conquista de la Luna, como última frontera, a finales de la modernidad sólida, en los años 60 del siglo xx. Al mismo tiempo, en el último tercio del siglo xx suceden una serie de revoluciones culturales que tienden a modificar la forma del vínculo social y a plantear unas nuevas posiciones con respecto a la violencia y a la alienación, como veremos más adelante. También aparecen nuevos programas para lograr la emancipación. Por todas estas razones, el periodo elegido es el que va desde los primeros años del siglo xix hasta el último tercio del siglo xx, 1800-1968.

Este libro utiliza como material empírico la historia, la literatura, el arte, el cine y las aportaciones originales de los clásicos de las ciencias sociales, especialmente de la sociología. Para un repaso del tema de la modernidad en la sociología clásica y contemporánea puede verse el libro de Martuccelli (1999). A lo largo de las páginas de este libro que el lector tiene entre sus manos se podrán encontrar numerosas y variadas referencias a distintas obras o acontecimientos histórico-sociales que irán justificando las conclusiones que se extraen en cada epígrafe y en cada capítulo y, por supuesto, en el libro en su conjunto. Se utilizan, pues, estos recursos como materiales de investigación, aunque a veces también se usan como ilustración de alguna teoría, idea o concepto sociológico.

2. La idea de progreso

Lo que tratamos de mostrar, con respecto a la idea de progreso, en *Luz, terror, esperanza: la idea de progreso, 1800-1968* fue lo siguiente: analizamos su aparición y cómo se fue transformando de un sueño que parecía alcanzable, e incluso que aguardaba

ya a la vuelta de la esquina, independientemente de la voluntad de los individuos, en una quimera que iba a requerir mucho trabajo, hasta que finalmente, en el borde de la modernidad pesada, la idea de progreso es sustituida por la asunción de la incertidumbre. Como bien señaló Touraine (1992), tanto la razón como la idea de progreso fueron claves en el desarrollo de la modernidad pesada o sólida. Nosotros nos ocupamos principalmente de la idea de progreso, pues nos parece que es la realización de la razón ilustrada por antonomasia. La tensión idea de progreso-rearticulaciones del vínculo social definió tanto el horizonte de lo deseable como la efectiva realización de los proyectos en la vida real. El impulso del progreso generó una ambición por modificar el vínculo social y reorganizar las sociedades de manera más justa e igualitaria, toda vez que ya no había nada escrito sobre cómo debían ser las sociedades y, por decirlo así, todo estaba por hacer. Las sociedades en proceso de secularización encontraron su gran relato en la idea de progreso: un cuento que iba narrando el despliegue de la razón y de la justicia y la igualdad desde los albores de la humanidad hasta un futuro próximo y prometedor. La idea de progreso que tomó forma en la sistematización de la historia universal de Condorcet a finales del siglo XVIII fue un elemento fundamental en las sociologías del siglo XIX y XX. En sus primeras formulaciones, el progreso daba la impresión de ser una fuerza histórica semi-automática o directamente automática. Con todo, hubo voces discrepantes, prácticamente desde el principio, que venían a decirnos que el futuro emancipado no estaba a la vuelta de la esquina y, sobre todo, no era automático. Saint-Simon, a principios del siglo XIX, fue uno de los que primero se dio cuenta de que si queríamos progreso tendríamos que trabajar en él, construir un mundo mejor desde la voluntad y sin esperar a que el propio desarrollo socio-histórico nos lo trajera. La sociedad industrial y el capitalismo ponían dificultades para alcanzar la realización del Paraíso

en la Tierra. El progreso, recién enunciado, pasó a principios del siglo XIX a verse como algo por lo que había que luchar.

No pocas eran las amenazas que sufría la idea de progreso: viejas desigualdades, heredadas del Antiguo Régimen, junto con las nuevas formas de dominación propias de la modernidad pesada o sólida, se oponían a los ideales de la emancipación y encadenaban a los individuos a situaciones de desigualdad, pobreza, esclavitud y subordinación. El progreso ayudó a combatir algunas causas sociales, como la esclavitud, pues se entendía que era algo que tenía que desaparecer en las sociedades del futuro, mientras que perjudicó en otras ocasiones, como en la suerte de los nativos americanos, pues se entendía que la historia del progreso los iba a borrar de la faz de la Tierra. Los excesos de la racionalidad también aparecían como un obstáculo para alcanzar el progreso, pues terminaban por volver irracional lo racional, como bien advirtieron desde Max Weber hasta Horkheimer y Adorno. Al final de la modernidad sólida, en el último tercio del siglo XX, tras las dos guerras mundiales, la idea de progreso parecía agotada, lo que dejaba a los individuos sin proyectos de futuro, enfrentados a la nada del presentismo, refugiados en la vida cotidiana, buscando la emancipación en proyectos micro-sociales de rearticulación del vínculo social. Lo que había al otro lado de la idea de progreso era un abismo insondable. Pero esa es ya otra historia que deberá ser contada en otro lugar.

Destacamos en *Luz, terror, esperanza: la idea de progreso, 1800-1968* que era precisa la articulación de una nueva idea de progreso, proyectar algún plan de futuro, no refugiarse en el irresponsable vaivén de la historia, y que, en esta ocasión, la mirada hacia un posible futuro de progreso debería incorporar todos los errores cometidos en el pasado y, sobre todo, evitar caer en los errores que ya conocemos del pasado: los riesgos de la racionalidad instrumental, la transformación de lo racional en lo irracional y la irrupción demoledora de lo irracional. El desarrollo del siglo XIX y del siglo XX nos obliga a contemplar

la *materia oscura* —es decir, todas las violencias que sucedieron en este periodo sociohistórico y que no eran atendidas ni vistas por los habitantes de la modernidad sólida— que sucede, sobre todo, en las colonias europeas, que fue sistemáticamente ignorada, y que es inseparable de las desgracias que iban a aguardar a los europeos en el siglo xx. La reacción desproporcionada que supuso el empezar a comprender lo que había sucedido y lo que estaba sucediendo a finales de la modernidad pesada supuso que se multiplicaran las posibilidades de la irrupción del pensamiento irracional, que no distingue, que renuncia a la clasificación y al pensamiento racional. De la ignorancia con respecto a la *materia oscura* se pasó a la equiparación de todo con Auschwitz, la *modernidad-como-Auschwitz*. Por otro lado, se cometió el desacierto de ignorar los errores costosos, y hablo en términos de millones de vidas de seres humanos, que supusieron algunos de los «experimentos sociales» que con tanta alegría como despreocupación se acometieron tan irresponsablemente por parte de numerosas sociedades en ese tiempo socio-histórico. Varios experimentos sociales de reorganización del vínculo social salieron terriblemente mal, lo que no significa que no pudieran haber salido bien si se hubiera mantenido la necesaria atención a las propias mutaciones y al alejamiento con respecto a las propias bases centrales del proyecto moderno ilustrado. Lo que afirmo, pues, es que el proyecto moderno ilustrado estaba bien definido, aunque probablemente resultara incompleto, y queda claro en las numerosas y variadas obras de los sociólogos clásicos que se inspiraron en él, si bien las realizaciones prácticas dejaron mucho que desear. Por eso las voces críticas, que aun siendo críticas eran críticas internas, desde dentro de este enorme paradigma socio-político, se alzaron una y otra vez para advertir y para señalar los errores cruciales que se estaban cometiendo. Por supuesto estas críticas no fueron bien acogidas, e incluso, en ocasiones, se malinterpretaron como amenazas o como parte del lado de lo irracional. Nada más lejos de la rea-

lidad, el problema es que la propia cerrazón de los defensores de determinadas prácticas, aquellos que silenciaban las críticas internas, acabaron por converger o por transformarse en defensores de lo racional devenido irracional o directamente de lo irracional. Y ahí, ya lo sabemos, ya no hay mucho que se pueda hacer; al menos, desde el punto de vista de la discusión racional, de la apelación a los datos y las evidencias empíricas. El propio vaciamiento de sentido de lo racional encontró una afinidad electiva con la producción industrial a gran escala, que el tren, con todas sus dimensiones, abarca, en mi opinión, y simboliza de la forma más gráfica posible.

Como ya nos hemos ocupado de la idea de progreso en un libro anterior, vamos a centrarnos ahora en este libro en el resto de las partículas elementales de la modernidad sólida o pesada: el vínculo social, la alienación y la dominación, las violencias y la emancipación. Aparecerá, sin embargo, la idea de progreso en relación con estas cuatro partículas elementales a lo largo del texto. Presentaremos, en la conclusiones, una mirada conjunta sobre las cinco partículas elementales, incluyendo la idea de progreso, al final del libro.

Veamos ahora lo que sucedió con el vínculo social en la modernidad pesada o sólida.